

opinión

La Prensa

FUNDADO EN 1980
Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa

PRESIDENTE
Fernando Berguido

PRESIDENTE FUNDADOR
I. Roberto Eisenmann Jr.
DIRECTORES EMÉRITOS
Winston Robles
Guillermo Sánchez Borbón

DIRECTORA
Siaska Salcedo S.

SUBDIRECTOR
Ricardo Lombana

EDITORES:
Gionela Jordán y Cecilia Fonseca,
(Jefas de Información), Rolando Rodríguez B.
(Fin de Semana), Juan Luis Batista (Política),
Jovanka Guardia (Sociales), Marianella Ferrer
(Judiciales), Daniel Rodríguez (Nacionales),
Liz Carrasco (Opinión), Rafael Calvo (Deportes),
Yasmina Reyes (Mundo) Diego Quijano
(Negocios), Tamara del Moral (Vivir +),
Lourdes de Obaldía (Diseño), Edwards Santos
(Fotografía), Mileika Bernal (Defensora del Lector),
Luzmila de Flamarique (Corrección)

GERENTE GENERAL ENCARGADO:
César A. Tribaldos Giraldez
GERENTES: María E. de García de Paredes
(Finanzas), Irma de Real (Comercialización),
Juan Carlos Planells (Operaciones),
Julió Moltó (Nuevos Medios)

La opinión de **La Prensa** se expresa únicamente
en el **HoyxHoy**. Los artículos de opinión así
como las caricaturas son responsabilidad
exclusiva de sus autores.

REDACCIÓN: 221-7515 - **PUBLICIDAD:** 323-7400
ADMINISTRACIÓN: 221-7537 - **SUSCRIPCIONES:**
222-9030 - **SUPLEMENTOS:** 323-7264

[OPINIÓN DE VIC]



AVANCES DE LA PROFESIÓN.

Fórum de periodistas y su premio nacional

I. Roberto Eisenmann, Jr.
opinion@prensa.com

El Fórum de Periodistas para las libertades de expresión e información, prestigiosa entidad de la profesión, que ayudamos a fundar, cumplió este año, bajo la presidencia de Luz María Noli, 12 años de estar entregando el Premio Nacional de Periodismo.

Este premio, iniciativa del también fundador del Fórum, Fernán Molinos Delaswsky, ha sido patrocinado desde su inicio por el Grupo Mundial presidido por Orlando Sánchez. Cuando la responsabilidad social corporativa

aún no era reconocida como una necesidad empresarial moderna, Orlando Sánchez, con extraordinaria visión, patrocinó el Premio Nacional, sabiendo que lo hacía por convicción, sin exigencia ni condición alguna. Estas actitudes de empresarismo ejemplar moderno y visionario de su conductor son las fundaciones del éxito que goza hoy el Grupo Mundial.

El Fórum ha sido fundador del Consejo Nacional de Periodismo en el que se sientan a la misma mesa todos los gremios de periodistas, todos los medios escritos y electrónicos y las escuelas de periodismo, y actúan con una sola voz consensuada en un ejemplo que quisieran

imitar otros países del globo.

Dentro del Consejo, el Fórum fue gestor e impulsador del Comité de Ética, que desde sus inicios ha tenido una actuación ejemplar en defensa del lector, televidente y radio oyente. Es un ejemplo de autorregulación que me produce mucho orgullo y satisfacción por lo que significa en los avances de la profesión periodística de nuestro país.

Volviendo al Premio Nacional de Periodismo: uno de los motivos de su éxito ha sido la composición del jurado, siempre formado por prestigiosas figuras del periodismo continental. Este año lo formaron Rogelio Naranjo, caricaturista,

Premio Nacional de Periodismo de México; Ewald Scharfenberg, de Venezuela, director del Instituto Prensa y Sociedad; José Buendía, prestigioso periodista y profesor mexicano; Carlos Fernando Chamorro, el periodista más reconocido de Nicaragua, que ha sido profesor de Periodismo en Berkeley; Heriberto Fiorillo, de Colombia, escritor, cineasta, periodista y profesor; Ernesto Villanueva, de México, doctor en comunicación por la Universidad de Navarra y de Derecho de la Complutense de Madrid; Oscar Monsalve Pino, sociólogo y prestigioso fotógrafo periodístico de Colombia.

Con jurados de esta categoría, año

tras año el Premio Nacional de Periodismo, con el patrocinio "estrella" del Grupo Mundial ha servido para elevar la excelencia de la profesión en nuestro país.

Este año además, el premio a la excelencia se le otorgó a Lolo Silvera por su contribución a el género periodístico de la caricatura. Lolo recibió este merecido premio el mismo día en que cumplió la respetable edad de 92 años.

Mi abrazo de felicitación y aliento a todos los miembros del Fórum, del Consejo y a los felices galardonados.

El autor es presidente de la Fundación para el Desarrollo de la Libertad Ciudadana

DESTRUCCIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA.

El salario de una vocación

Pedro Luis Prados Saldaña
opinion@prensa.com

El proceso de restauración y reconstrucción de importantes ciudades europeas a finales de la Segunda Guerra Mundial, obligó volver la mirada a los maestros de la pintura renacentista para recuperar los detalles y ambiente de los espacios destruidos. Las obras de Bernardo Belloto, sobrino del Canaleto y que firmó algunos de sus cuadros con el mismo seudónimo, fueron un material obligatorio para la reconstrucción de algunos edificios de Dresde y el casco viejo de la ciudad de Varsovia, hoy declarado Patrimonio de la Humanidad. Igual tratamiento se le dio a ciudades como Budapest, Praga y Lieja, Londres y Berlín en un esfuerzo por devolverle su antiguo esplendor.

¿Qué razones llevan a estos pueblos a rescatar arquitecturas que guardan siglos de influencias y estilos, en lugar de aprovechar la coyuntura bélica para rediseñar el uso de los espacios? Simplemente se trata de pueblos maduros, convencidos de la necesidad de preservar la memoria histórica como núcleo de la identidad colectiva.

La madurez de una sociedad está estrechamente relacionada con la toma de conciencia del valor de su pasado histórico. Eso la consolida e identifica permitiendo hacer frente

a las amenazas de disolución foránea e interna. Memoria histórica e identidad cultural son términos de la ecuación que da como resultado la identidad nacional. Aisladas carecen de sentido y todo intento de separarlas las reduce a mera caricatura o discurso demagógico.

En nuestro país, los cartesianos del turismo, de la publicidad, de los medios de comunicación y los agentes inmobiliarios han encontrado la fórmula para reducir ese espíritu de cohesión materializado en plazas, calles y edificaciones a una simple escenografía para tomas rápidas de "la pollera, el tamborito y el Canal de Panamá".

Lo que nos llama la atención es la disposición de nuestros "arquitectos restauradores" en adecuar los inmuebles del Casco Viejo de la ciudad, también declarado Patrimonio de la Humanidad (pero que antes de ser de la humanidad fue panameño y, por eso, debemos protegerlo) o de otras áreas de la ciudad, a las exigencias de los inversionistas y agentes inmobiliarios sin importar que las obras sean de Agustín Crame, Ruggieri, Villanueva, White o el mismísimo Antonelli, ante la mirada impotente de los funcionarios de la Dirección de Patrimonio Histórico. Como si ese espacio fuera solo el decorado de una mala película, se derrumban edificios, modifican balcones y se resanan las fachadas para dar cumplimiento a una imprecisa legislación y, como si esto no bas-

tara, se levantan adoquines de principios del siglo pasado, sin que nadie sepa a dónde van a parar, y se suplantán por planchas de cemento moldeado, con la excusa de la consistencia del material.

Como operarios de un salón de belleza, remozan y maquillan la vieja ciudad para hacerla más atractiva a los compradores.

Desconocedores de ese acumulado histórico pasan indiferentes entre las calles, callejones y viviendas en que se desarrolló con grandezas y penurias la vida cotidiana, las lides políticas, la creación cultural, los dramas familiares y las luchas callejeras que fueron moldeando nuestra entidad nacional.

Mientras dedicados historiadores como el Dr. Alfredo Castellero Calvo empeñan sus mejores esfuerzos, con un amplio reconocimiento internacional, en reconstruir la vida pretérita de nuestros principales núcleos urbanos, hurgando entre legajos y cédulas coloniales, hay quienes se dedican, y pareciera que con el mismo empeño, a desdibujarla y convertirla en trasfondo para cuñas publicitarias y graciosas tomas para calendarios, en tanto que el resto de nuestros ciudadanos se recrean bailando por un sueño.

Son múltiples las amenazas que pesan sobre los espacios históricos en estas latitudes. La explosión demográfica, la contaminación, la pauperización de las áreas, las medidas insuficientes para la regula-

ción del tránsito, la presión del desarrollo comercial y la desidia de la población son sólo unas pocas de ellas. En todos los centros históricos del continente las anomalías surgen en mayor o menor grado, pero ante estas adversidades se han tomado iniciativas públicas y privadas para proteger los conjuntos. La elaboración de planes maestros que normen los trabajos ha logrado exitosos resultados en la puesta en valor del Casco Viejo de La Habana, bajo la supervisión ágil del historiador Eusebio Leal; la casi total recuperación y protección de las fortificaciones de Cartagena dirigidas por Alberto Samudio; los logros estimables de la acción municipal en Quito; la valorización del núcleo colonial de San Juan, Puerto Rico, y de Santo Domingo con programas públicos y privados y el apoyo internacional son sólo unos de ellos.

Conscientes de la permanencia futura como nación está en la preservación y conocimiento de su pasado, estos hermanos países hacen esfuerzos gigantescos por rescatar su memoria.

Un conjuro silencioso de desconocida procedencia parece haber caído sobre los panameños. Sin que sepamos cuáles son los resortes y mecanismos de su funcionamiento ha logrado despojarnos de aquellas cosas que han tenido especial significado o servido como elementos de reconocimiento recíproco o cohesión nacional. Monumentos

icónicos que nos hacían sentir parte de un todo homogéneo y con un futuro común desaparecen o son reemplazados por nuevos símbolos creados por una empresa publicitaria.

Barrios, comunidades y sitios de comunes remembranzas y evocadoras de una forma de vida para varias generaciones desaparecen sepultadas por toneladas de hormigón en un abrir y cerrar de ojos. Pareciera que una mente maléfica y aviesos propósitos se empeñara en contagiar a todos los panameños del mal de Alzheimer para que ni siquiera podamos recordar quiénes somos.

Despojados de la memoria histórica que retienen los espacios urbanos; desconocedores del patrimonio histórico mueble (etnográfico, arqueológico, documental y artístico) que deben mostrar adecuadamente los museos; desposeídos de tierras, islas, playas y aguas, que otrora nos fueron tan comunes, por un insaciable apetito turístico; vendidos nuestros bosques, selvas y montañas a ociosos magnates internacionales; "transnacionalizado" nuestro principal recurso geográfico; globalizada nuestra economía, lo peor de todo, perdido nuestro sentido de pertenencia a un suelo común, sólo recibiremos en un futuro el salario por la doméstica vocación de servir a otros.

El autor es profesor de Filosofía en la Universidad de Panamá